

NOTAS PREPARATORIAS PARA PENSAR EL CAPITALISMO DEL SIGLO XXI

Sesión 1. La geopolítica como método

Seminario PPELA 2017-1: Geopolítica de las dominaciones y las emancipaciones: el capitalismo del siglo XXI

*¿Qué caracteriza a la dinámica geopolítica contemporánea?
¿Qué papel juega en la construcción de la hegemonía?*

La tendencia al desastre sí que es objetiva. La evolución de la sociedad mercantil tiene, en efecto, algo de prefijado, porque sus crisis y su agotamiento se asientan en su mismo núcleo, y su historia es el despliegue de dicho núcleo. Es la catástrofe la que está programada, no la emancipación; las cosas abandonadas a su discurrir espontáneo únicamente conducen al abismo

ANSELM JAPPE, *Crédito a muerte*

1. Crítica histórica

Poner a debate la configuración del capitalismo en el siglo XXI, para seguir pensando críticamente en torno a este proyecto de vida social, presupone dos operaciones complementarias. Primero, reconocer que no es un proceso inmutable, ni homogéneo. Interesarnos por las formas en las que se actualizan en el siglo XXI es preguntarnos por sus cambios y por sus continuidades, así como por los sujetos y las mediaciones que están detrás. Aunque el capitalismo siga ahí, lo está de una manera específica, de una forma que tiene que resolver las eventualidades de una época particular. El capitalismo ha mutado a lo largo de su vida, ha tenido que enfrentar resistencias que se oponen a su materialización; así como resolver conflictos sobre las formas y los rumbos que debe de seguir para continuar garantizando la acumulación y la tasa creciente de ganancia, la concentración de la riqueza y el control de las fuerzas técnicas.

En segundo lugar, tenemos que reconocer que la tensión entre diferencia y repetición es una relación histórica. Y, como toda realidad histórica, no es un resultado necesario, sino un proceso contingente. El capitalismo no es una manifestación del “desarrollo” ni del “progreso” de la “historia universal”, no es un rumbo de la vida humana. Es, por el contrario, una forma de producción de la vida material que se ha impuesto *a lodo y sangre* por sobre otras formas posibles de vida material. Se ha universalizado gracias al uso de la

fuerza para concentrar y controlar conocimientos, para después transformarlos en beneficio de la acumulación de valor; así como por la creación de una elástica tendencia civilizatoria que como red captura las diferencias históricas para refuncionalizarlas. A pesar de su alto grado de creatividad, la humanidad no está destinada a él. Es el capitalismo que en su despliegue se ha impuesto como destino artificial de la existencia (de las formas humanas y no humanas).

Seguir discutiendo la mutabilidad e historicidad del capitalismo debe servirnos para pensar también que, así como no es un proceso necesario (inevitable), es una realidad a la que se le puede poner fin, ya que depende de la reproducción de sí mismo. Es ahí donde se juega su destino, seguir existiendo como una cultura material hegemónica o desaparecer para dar pie a una multiplicidad de culturas materiales o abrir el camino a la barbarie. Si es que antes no pone fin a las existencias en el planeta.

2. El contexto de la bifurcación sistémica

El capitalismo no sólo tiene que enfrentar “a las fuerzas generadoras de turbulencia” (forma elusiva de llamar a las rebeliones y resistencias), también tiene que enfrentar una gran crisis, que no es simplemente económica (la caída de la tasa de ganancia). La crisis que en el siglo XXI tiene que enfrentar el capitalismo es una crisis civilizatoria: un desgaste sistémico de la cultura material, y su semántica, que durante siglos ha permitido la reproducción de este modo de vida. Esta crisis es multimodal, es una afección económica y política, al mismo tiempo que ecológica y demográfica; se expresa en una exclusión creciente, en una precarización de las condiciones de vida, en una destrucción acelerada de las formas de existencia conocidas y de las condiciones que las hacen posible.

Una de las peculiaridades de esta crisis es que no tiene solución dentro del marco de posibilidades que ofrece el proyecto capitalista, el mismo que la generó. Dentro de este sistema no hay manera de resolverla. Ante ello, lo que se despliega es una lógica de gobierno y gestión de la crisis (que, hoy en día, es una actividad altamente rentable, aunque lleve la marca de una catástrofe venidera).

La crisis civilizatoria se desarrolla en el umbral de una bifurcación sistémica, en la que las condiciones de reproducción del capitalismo están al límite (al menos que se logren ampliar las fronteras de la valorización y de la explotación, aunque en condiciones de extrema fragilidad). El sistema capitalista expresa un agotamiento, una condición de insustentabilidad de su misma lógica. Immanuel Wallerstein ha estudiado este fenómeno desde hace lustros, reconociendo un desgaste de seis tendencias seculares del proyecto capitalista en las que se reconoce sus límites sistémicos: 1) crisis ecológica de dimensiones incontables; 2) crisis del orden interestatal, en la que las relaciones entre estados se subordinan a las presiones de las corporaciones; 3) crisis de la producción: es cada vez más costosa y menos rentable la producción de mercancías; 4) transformación de las

condiciones de la fuerza trabajo: alto desempleo y empleos precarizados; 5) crisis de legitimidad política: la ineficiencia de sus dinámicas internas para el control de territorios y de poblaciones, acompañadas del aumento global de la corrupción y la impunidad; 6) crisis de los sistemas de conocimiento: las formas dominantes de producción de saberes modernos no sirven para dar respuesta a las condiciones de la gran transformación por la que atravesamos.

Hay un límite estructural, pero dentro de un sistema que funciona de manera peculiar, contraria a los sistemas conocidos. Porque el capitalismo ha sabido refuncionalizar las informaciones de sus crisis internas para ampliar sus espacios y para controlar la diferenciación creciente (la entropía del sistema), por medio de la producción de diferenciaciones artificiales que anulan o reducen el impacto de las diferenciaciones concretas. El capitalismo ha sabido controlar la tendencial complejidad de su funcionamiento apostando a un control de tiempos de mediano y largo plazo. Acá cierta artificialidad de la complejidad sirve como proyección hacia el futuro para limitar los efectos de una complejidad concreta, que escapa a las manos del diseño y gestión del proyecto.

Por eso, a pesar de atravesar una crisis sistémica el capitalismo sigue vivo y es importante entender su funcionamiento para no esperar sentados a que muera.

3. La importancia de la geopolítica

Aunque el fin del capitalismo parece cerca, para *los que viven para el capitalismo* la catástrofe es algo que se puede mantener distante. Para gobernar la crisis, administrarla en beneficio de la reproducción del capital, el control de los territorios y de las existencias que los habitan (humanas y no humanas) es parte de una lógica estratégica. El capitalismo para reproducirse necesita, entre otras cosas: 1) un control territorial, no de todos los espacios, sino de aquellos en los que se emplazan los bienes necesarios para su reproducción (que van modificándose históricamente); 2) control de los desarrollos técnicos, a través de la concentración de saberes y el manejo de sus implementaciones en sistemas de aparatos; 3) control de las dinámicas comerciales, para asegurar el carácter monopólico de la competencia y la concentración de las ganancias; 4) una gestión de poblaciones, que opera de manera diferenciada según las necesidades geográficas; 5) un manejo de los imaginarios sociales, construyendo patrones homogéneos revestidos de diferencia artificial. Todo esto lo hace de maneras combinadas y con lógicas selectivas, no arrasa todo y lo que devora no lo hace de la misma manera; es una máquina de destrucción y creación selectiva.

Pensar geopolíticamente el despliegue del capitalismo no es simplemente atender a la geografía (en su sentido tosco), al terreno en el que se disputan y definen los rumbos de esta cultura material. La lectura geopolítica implica tomar en cuenta los factores de control

militar, los diseños de los mercados, el emplazamiento de los desarrollos tecnológicos, las manifestaciones culturales. A través del estudio de estos vectores podemos entender de otra manera las lógicas interestatales, la construcción de agencias supranacionales que controlan la vida de las distintas geografías, el control de los espacios por parte de las grandes corporaciones, el despliegue de los ejércitos como actores centrales en la reproducción del capitalismo. El control de la agenda global y, por tanto, el control hegemónico, no puede entenderse al margen de las disputas por la construcción de territorialidades (geografías, poblaciones e imaginarios).

En el contexto de la bifurcación sistémica cobra una relevancia singular la disputa geopolítica, porque están en juego los recursos estratégicos que aceleradamente se agotan y las poblaciones que son cada vez más difíciles de disciplinar para incorporar a la producción de valor; dos condiciones básicas para la reproducción de la economía capitalista. Ante estos retos, la geopolítica del siglo XXI no es más la vieja forma del espacio vital, propuesta por los geógrafos germanos y desarrollada de múltiples maneras en el siglo XX; la geopolítica del siglo es flexible y cosmopolita, a imagen y semejanza del funcionamiento de las grandes empresas transnacionales. La geopolítica ya no es sólo cuestión de estados y de sus ejércitos, cobra un papel central el despliegue territorial de las corporaciones.